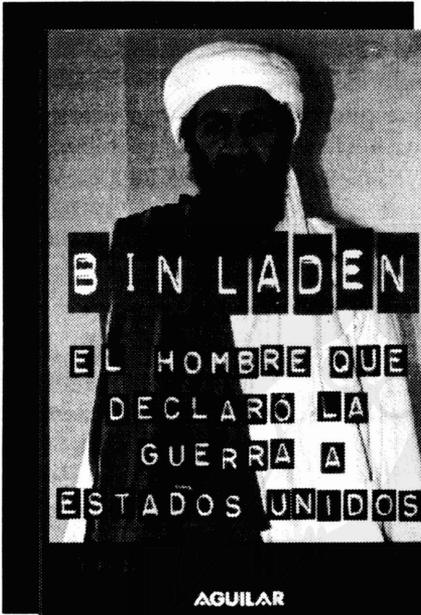


El rincón del libro

Luis Armando González

Dos libros sobre Osama bin Laden y el islamismo



Los atentados del 11 de septiembre del 2001 desencadenaron, entre otros sucesos, una intensa discusión sobre la identidad del supuesto responsable y sobre la naturaleza del movimiento religioso que auspiciaba y/o justificaba operaciones militares como la que llevó a la destrucción de las torres gemelas, en Nueva York, y una parte del Pentágono, en Washington. Pronto, las más influyentes

cadena televisiva estadounidense —haciendo eco del discurso del gobierno norteamericano— saturaron el espacio informativo con una reveladora noticia: el responsable de los atentados era el árabe saudí Osama bin Laden y el movimiento que lo cobijaba era el islamismo en una de sus versiones más radicales, esto es, la versión talibán (= “estudiante” del *Corán*).

La escalada militar de Estados Unidos contra Afganistán —gobernado en ese entonces por los talibanes y lugar de refugio de bin Laden— encontró en esta ofensiva mediática un apoyo oportuno. A estas alturas, cuando con la operación militar *Libertad Duradera* se logró sacar a los talibanes del poder, Osama bin Laden no ha sido capturado, Afganistán está no sólo en ruinas, sino en manos de las facciones que integraron la Alianza del Norte y las tensiones militares en el Golfo Pérsico se han agudizado, amenazando con estallar en una guerra de grandes proporciones que podrían involucrar de nuevo a Estados Unidos e Irak.

En El Salvador, los atentados del 11 de septiembre tuvieron una recepción inmediata en los medios de co-

municación, los cuales, en su mayoría, repitieron lo que las grandes cadenas televisivas no paraban de transmitir: que se trataba de una acción terrorista contra el pueblo estadounidense, planeada y ejecutada por militantes islámicos seguidores de bin Laden y que, por tanto, este último y quienes lo protegían debían ser castigados.

Al margen de lo que decían los medios, fue palpable el enorme desconocimiento por los salvadoreños — incluso en los ambientes académicos— de lo que significaba el fundamentalismo islámico como soporte simbólico de unas acciones a todas luces reñidas con muchos de los valores occidentales más arraigados en el imaginario colectivo de sus pueblos. Por algunas de las lecturas que se hicieron de la situación en Afganistán y del auge del fundamentalismo, se hizo evidente lo poco que se sabía acerca de uno y otro problema. Del mismo bin Laden se dijeron cosas no del todo claras o bien documentadas, con lo cual su imagen se desdibujó aun más. ¿Cuáles fueron algunas de las ideas que circularon en el ambiente salvadoreño acerca de bin Laden, el fundamentalismo islámico y los talibanes?

En primer lugar, se sostuvo —y muchos aun sostienen— que Osama bin Laden fue una creación de la CIA que, ahora, se ha rebelado contra sus antiguos mentores. ¿Cuándo es que fue creado bin Laden como un especialista del terrorismo? Cuando se inició el movimiento de resistencia afgano contra la presencia soviética

en Afganistán, a finales de 1979. En esos momentos —dicen algunos— la CIA entrenó a bin Laden como un avezado experto terrorista que —mal sirve el diablo a quien bien le sirve— ahora usa esos conocimientos y preparación para luchar contra Estados Unidos y Occidente.

En segundo lugar, se ha sostenido que los Estados Unidos fueron tomados por sorpresa con los ataques del 11 de septiembre, mismos que las autoridades de ese país no tenían idea que pudieran a ocurrir. De pronto, los norteamericanos —pueblo y gobierno— se las vieron cara a cara con la amenaza terrorista.

En tercer lugar, relacionado con lo anterior, más de alguno sostuvo que al gobierno de Estados Unidos sólo le preocupó lo que sucedía en el Afganistán dominado por lo talibanes después del 11 de septiembre, es decir, que las autoridades estadounidenses ni se deban por enteradas de los vejámenes padecidos por el pueblo afgano o de la militarización del país en manos de los “estudiantes” del *Corán*.

En cuarto lugar, también se defendió la idea de que Afganistán había caído en una situación calamitosa a partir de la llegada de los talibanes al poder, con la ayuda norteamericana. Para nada se mencionaba la situación anterior a los talibanes, es decir, la época de los gobiernos pro soviéticos: se daba por supuesto que los problemas habían comenzado con aquéllos y la injerencia de Estados Unidos.

En quinto lugar, otra idea que circuló en el ambiente fue que el problema de Estados Unidos era el Afganistán dominado por los talibanes, antiguos aliados suyos. Rara vez se mencionaba a otros países de la zona, con excepción de Irak e Irán —a los que últimamente se ha unido Corea del Norte—, como desafíos para la seguridad norteamericana.

Finalmente, no faltó quien pretendió legitimar los atentados del 11 de septiembre por ser expresión de un movimiento de reivindicación de una identidad cultural —la musulmana— pisoteada por la prepotencia occidental. Unos pueblos sojuzgados por otros con unos valores culturales eurocéntricos tenían todo el derecho a defenderse con los medios que fueran.

Interpretaciones como las apuntadas se ventilaron a través los medios de prensa escritos, radiales y televisivos, así como a través de espacios de discusión y difusión como coloquios, foros y revistas. ¿Son suficientemente convincentes las ideas expuestas antes? ¿O acaso requieren de una revisión (y discusión) más exhaustiva? Si se responde afirmativamente a la primera interrogante —y negativamente a la segunda—, no hay nada más que decir o debatir. Si se responde en forma negativa a la primera —y positiva a la segunda—, de lo que se trata es de explorar otros materiales, de modo que se pueda enriquecer el debate.

Esta es la vía que anima estas páginas, en las cuales —a partir del exa-

men de dos libros recientes sobre Osama bin Laden y el islamismo— se busca aportar otros elementos de juicio que ayuden a comprender mejor la complejidad del movimiento islámico y el rol de Osama bin Laden en el mismo. Los libros en cuestión son *En nombre de Osama Ben Laden. Las redes secretas del terrorismo islámico*¹ de Roland Jacquard, experto en temas de terrorismo ante los países miembros del Consejo de Seguridad de la ONU y presidente del Observatorio Internacional de Terrorismo, y *Bin Laden. El hombre que declaró la guerra a Estados Unidos*² de Yossef Bondaski, ex asesor del Departamento de Estado y de la Defensa de Estados Unidos y director de la Fuerza de Tarea del Congreso para el Combate al Terrorismo y otras Estrategias Bélicas No Convencionales.

Ante todo, hay que decir que se trata de dos libros que se complementan, aunque el de Bodanski abunda más en detalles sobre el islamismo y la trayectoria de Osama bin Laden. En segundo lugar, también hay que dejar establecido que no necesariamente tiene que ser cierto todo lo que se dice en ellos, por más que los autores abunden en referencias documentales y entrevistas a figuras clave del movimiento islámico. Este sesgo crítico no es gratuito, tomando en cuenta, primero, la importancia de la desinformación como parte de la estrategia tanto de la inteligencia estadounidense (y sus aliados) como del islamismo radical; y, segundo, la dificultad para acceder a fuentes e interpretaciones —o incluso a los do-

cumentos y entrevistas originales que apoyan las tesis de Jacquard y Bodanski— provenientes del mundo árabe-musulmán que permitan contrastar lo que se sostiene en los libros referidos con otros análisis e interpretaciones.

De todos modos, si lo que sostienen Jacquard y Bodanski en sus respectivos libros es cierto —o tiene un alto grado de veracidad—, su lectura no sólo permite hacerse una idea más clara de la complejidad del movimiento islámico, del papel de Estados Unidos en el mismo y de la trayectoria de Osama bin Laden como uno de líderes del terrorismo islámico, sino que también ponen en cuestión muchas de las interpretaciones que han circulado —y circulan de vez en cuando— en los ambientes mediáticos y en algunos círculos académicos de El Salvador.

¿Qué se dice sobre Osama bin Laden en los libros referidos? Entre otras cosas, que procede de una familia bien establecida económicamente en Arabia Saudita, gracias al negocio de las construcciones y a la protección de la familia real de ese país. Esta comodidad familiar le permitió educarse como ingeniero y, ya adulto, dedicarse él mismo, con éxito, a la construcción de mezquitas, carreteras y puertos, para lo cual le fue muy útil su nacionalidad árabe saudí —aunque su familia es de origen yemení—, el respaldo familiar, las relaciones de su familia con la familia real saudí y sus propias habilidades en los negocios, para los cuales demostró tener un excelente tino. Bin

Laden es, pues, un afortunado en el mejor sentido de la palabra; no es un marginado social ni cosa parecida. Si eso es así, ¿cómo es que se involucró en actividades terroristas?

Aquí ambos libros, con diferentes énfasis y matices, informan de un fenómeno sociológico, de raíces económicas, que afectó a las sociedades árabes —especialmente a la juventud acomodada— y del cual Osama bin Laden no pudo sustraerse: el alza de los precios del petróleo de los años setenta, la bonanza que eso supuso para las sociedades árabes con mayores campos de crudo y la apertura de estas sociedades a la influencia occidental no sólo en materia económica, sino política y cultural. Una manifestación de esa apertura fue la salida de muchos jóvenes árabes (y no árabes) al extranjero —a Europa y Estados Unidos— ya fuera por motivos de placer o a cursar estudios en los más prestigiosos centros educativos occidentales. Bin Laden, como otros jóvenes árabes con recursos, conoció Occidente; también, como muchos de ellos, fue impactado por la “decadencia” occidental y por el desafío que esa decadencia planteaba a sus sociedades.

Muchos de estos jóvenes —o adultos— que visitaron Occidente ya tenían una formación avanzada en la religión islámica, pues habían asistido a las escuelas de teología de sus países o se habían tenido la oportunidad de recibir una educación especial con especialistas en el *Corán*. Más aún, la gran mayoría de los que salieron habían sido influidos por inter-

pretaciones coránicas radicales que son las que nutren al islamismo, es decir, la corriente del Islam que, con sus varios matices, llama no sólo a una lucha permanente (*jihad*) y por distintos medios para preservar la religión y la cultura islámicas de las influencias externas —particularmente las de procedencia judeo-cristiana—, sino a la instauración de gobiernos que se rijan por los preceptos del *Corán*. El islamismo ha estado presente prácticamente desde el origen de la religión mahometana, pero ha cobrado fuerza en momentos de fuertes cambios sociales, como los que se comenzaron a suscitar en el mundo árabe en los años cincuenta y sesenta —con los proyectos de industrialización y modernización impulsados por varios gobiernos del área—, y que se vieron profundizados con el *boom* de los precios del petróleo de los años setenta ya referido.

Osama bin Laden fue parte de esa juventud influida por el islamismo. Su vida posterior ya adulto, que lo va a llevar a poner sus finanzas y capacidades como constructor al servicio de una *jihad* armada contra los enemigos del Islam, no se entiende bien sin esta adscripción religiosa y sin el contexto social cambiante que favoreció un auge del islamismo desde los años cincuenta en adelante y que involucró a otros muchos árabes (y no árabes) acomodados y educados, quienes estaban escandalizados por la decadencia occidental.

La prueba de fuego de la mayoría de quienes se desencantaron de Occidente fue la invasión soviética lla-

mada en ese entonces República Democrática de Afganistán, a fines de 1979, la cual los obligó a llevar a la práctica sus creencias islámicas. El Islam había sido atacado directamente y, en consecuencia, la *jihad* armada contra la embestida de los infieles ateos era ineludible. En Afganistán se inició un movimiento de resistencia armada contra los soviéticos y sus cómplices que pronto comenzó a verse apoyado por los *mujaidines* (= guerreros santos del Islam) que comenzaron a llegar procedentes de diferentes regiones del mundo árabe. Bin Laden fue parte de esta oleada de *mujaidines* que arribaron a Afganistán a lo largo de la década de los años ochenta. Sin embargo, antes de poner pie en este país, Bin Laden se encargó, por órdenes de la inteligencia saudí, de organizar el traslado de voluntarios árabes que se incorporaban a campos de entrenamiento militar en Pakistán, para desde ahí trasladarse a Afganistán. Estos *mujaidines* serán conocidos después como los “afgano-árabes”, es decir, combatientes árabes que lucharon contra la presencia soviética en Afganistán.

De Pakistán, bin Laden se trasladó a Afganistán. Y su impresión ante uno de sus primeros viajes a este último país ha quedado registrada en la siguiente frase: “un día en Afganistán vale más que mil días de oración en una mezquita”. Una vez en territorio afgano, bin Laden se dedicó de lleno a la lucha contra los soviéticos, poniendo al servicio de esta causa su equipo de construcción, sus conoci-

mientos y experiencia en la construcción, y sus recursos financieros. Buena parte de sus esfuerzos en sus la primera mitad de la década de los años ochenta se orientó a la construcción de la infraestructura necesaria para alojar, proteger y entrenar a los “voluntarios” que se preparaban para la *jihad* contra la presencia soviética.

Es en este contexto que el saudita comienza a perfilarse como un organizador nato, pero también como un hombre comprometido con la defensa del islamismo, lo cual se pone de manifiesto con su entrega personal y con el uso de sus recursos financieros para tal fin. Una de las historias que ha contribuido hacer de bin Laden una leyenda es la que dice que el fusil de asalto *Kalashnikov* que lleva consigo lo obtuvo de un general ruso, tras una intensa batalla en la que el árabe saudí y sus hombres penetraron en posiciones enemigas y que se dirimió en el combate cuerpo a cuerpo.

¿Quiénes entrenan a esos voluntarios que se preparan para la guerra santa contra los soviéticos? Los entrenan principalmente oficiales egipcios de alta graduación y agentes del Interservicio de Inteligencia de Pakistán (ISI, por sus siglas en inglés), con el apoyo financiero de varios países árabes y del gobierno de Estados Unidos. En este punto, sale a luz el tema de las relaciones entre bin Laden con Estados Unidos en la década de los ochenta: este último país estaba financiando —en el marco de su rivalidad con la ahora ex

URSS— a la resistencia afgana, pero no a los grupos islamistas llegados de fuera y que estaban siendo entrenados en Paquistán y Afganistán y entre los que Osama bin Laden comenzaba a figurar como organizador, financiador y líder.

Si se ha de dar crédito a los libros de Bodanski y Jacquard, el dinero que pudo haber llegado procedente del gobierno de los Estados Unidos a los *mujaidines* y a Osama bin Laden, lo fue por intermedio de Pakistán, cuyo gobierno había asumido de lleno el reto de ayudar a la expulsión de los soviéticos del suelo afgano y de hacer todo lo posible porque unos aliados confiables tomaran el poder. En cuanto al entrenamiento militar de los “guerreros santos” (incluido bin Laden), ninguno de los dos libros arrojan evidencias de que fueran entrenados por la CIA u otro organismo militar norteamericano. Al respecto, Bodanski cita al general Mohommad Yousaf —jefe en los primeros años de la década de los ochenta de la oficina afgana del ISI—, quien sostiene que “ningún instructor norteamericano o chino estuvo involucrado en el entrenamiento relacionado con cualquier tipo de equipo o armamento de los *mujaidines*... Esa fue una política deliberada, cuidadosamente calculada, que nos negamos terminantemente a cambiar a pesar de la creciente presión de la CIA, y más tarde del Departamento de Defensa de Estados Unidos”³.

Según los datos aportados por Bodanski, los pakistaníes hicieron todo lo posible para vetar la presen-

cia de la CIA o de otras instancias del gobierno norteamericano en las bases de entrenamiento militar de los *mujaidines*, entre otras razones porque el gobierno de Pakistán tenía sus propios planes acerca del futuro de Afganistán, mismos que no coincidían con los de Estados Unidos. Así las cosas —y centrando la atención en Osama bin Laden—, éste, además de su propia formación religiosa previa a sus actividades militares, habría fortalecido sus convicciones y adquirido sus destrezas básicas como estrategia militar en el terreno y con la asesoría de la inteligencia pakistani. A Estados Unidos, obviamente, no le incomodaba esta situación más allá de lo necesario: al fin y al cabo, de lo que se trataba era de contener la expansión comunista y personas como bin Laden estaban sirviendo para ese propósito.

Como en tantas otras ocasiones, el pragmatismo se impuso en Washington. Y es que ya a mediados de la década de los ochenta era sabido, por los menos en los círculos de inteligencia occidentales, que los propósitos de quienes alentaban la lucha de los *mujaidines* (incluido Osama bin Laden) no se agotaban en lograr la expulsión de los soviéticos, sino que apuntaba a una lucha global contra los enemigos del Islam, específicamente contra Occidente. Es por esta época que bin Laden comienza a trabajar en la formación de la organización *Al-Qaeda* (= la Base), de la cual se sirvió para el reclutamiento y traslado de combatientes hacia Afganistán. Asimismo, en sus

primeros años en Afganistán, bin Laden se reencuentra con el sheik Abadía Yussuf Azzam, un islamista egipcio —doctor en jurisprudencia islámica— que daba clases en la universidad del Rey Abdul Aziz, en Arabia Saudita, cuando bin Laden cursaba estudios universitarios, a mediados de la década de los setenta. Azzam, quien en los años sesenta se había incorporado a la *jihad* contra Israel, formuló una doctrina de mucha influencia en la juventud árabe, la cual se centraba en defender la importancia de la *jihad* para liberar al mundo musulmán del agobiante proceso de occidentalización.

Cuando se produce la invasión soviética a Afganistán, Azzam es de los primeros en incorporarse a la naciente resistencia afgana. Bin Laden entra en contacto con él y establecen una relación estrecha, que permite que ambos puedan dedicarse de lleno a la causa de la *jihad* afgana. Entre 1984 y 1988, en compañía de bin Laden, Azzam visita los campamentos *mujaidines* para predicar su mensaje: “que la *jihad* en Afganistán era una causa islámica que concernía a todos los musulmanes del mundo. Todos debían cumplir con su obligación de pelear la *jihad* en causas globales, como la de Afganistán, y en defensa de los hermanos y hermanas musulmanes oprimidos, mediante el combate a los regímenes contrarios al Islam... Ambos tipos de *jihad* conformaban un movimiento más grande, encaminado a establecer el reino de Alá sobre la tierra”⁴. Ecos de esta postura han aparecido mucho tiempo después en

los discursos de bin Laden, lo cual hace presumir que ya desde ese entonces era claro para él, sus seguidores y quienes los auspiciaban directamente que lo que estaba en juego en Afganistán era algo más que la expulsión de los soviéticos, puesto que el enemigo a vencer era Occidente.

Pese a lo anterior, el gobierno de Estados Unidos hizo llegar su ayuda principalmente económica a bin Laden y a lo que este representaba, dejándose guiar por el pragmatismo más inmediatista. Queriéndolo o no, el gobierno de Estados Unidos estaba financiando (y fortaleciendo) a quienes no ocultaban su disposición de continuar la lucha, una vez derrotados los soviéticos, contra Occidente, del cual aquel país es un soporte fundamental. Inicialmente, no hubo por parte de los “afgano árabes” ni de sus ideólogos una referencia explícita a Estados Unidos como el infiel a combatir, pero dos acontecimientos ocurridos en 1989 y otro ocurrido en 1991 despejaron el camino para ello: con la retirada soviética de Afganistán, la muerte violenta, a raíz de una explosión en su vehículo, de Azzam y, dos años después, con la Guerra del Golfo, Estados Unidos (y sus aliados) se perfilaría como el principal enemigo del Islam.

Lo primero convenció a bin Laden de la fuerza del islamismo; lo segundo a radicalizarse doctrinariamente; y lo tercero a indignarse por la presencia de tropas estadounidenses en Arabia Saudita, el suelo sagrado del islamismo —donde se hayan ubicadas la Meca y Medina. Esto último

molestó fuertemente a bin Laden, en tanto que él se habría puesto, junto con sus milicias de veteranos afganos, a la orden de la familia real saudita para luchar contra Saddam Hussein, manifestando su rechazo al arribo de infieles a Arabia Saudita. Instalado cómodamente desde 1989 en este último país después de la salida de los soviéticos de Afganistán, bin Laden comenzó a atacar con virulencia a Estados Unidos. “Cuando compramos artículos estadounidenses —dijo en un discurso— nos convertimos en cómplices del asesinato de los palestinos... Las compañías estadounidenses ganan millones de dólares en el mundo árabe, y de esas ganancias pagan impuesto a su gobierno. Estados Unidos utiliza ese dinero para enviar tres mil millones de dólares a Israel, que los destina a matar palestinos”⁵.

La familia real saudita, amenazada por un movimiento islamista que le era contrario, no ocultó su incomodidad ante las críticas de Osama bin Laden. La corte no sólo amenazó con romper relaciones con la familia de bin Laden, sino que lo forzó al exilio; su nuevo destino será Sudán, donde se imponía en ese entonces la visión islamista de Hassan al-Turabi. En los primeros años de la década de los noventa, Sudán se convertiría en uno de los focos del *islamismo sunnita* —cuyos seguidores se apegan estrictamente al legado del *Corán* y el ejemplo de Mahoma⁶—, con el apoyo decidido de Irán —principal bastión del *islamismo chiíta* (cuyos partidarios consideran al imán Alí y

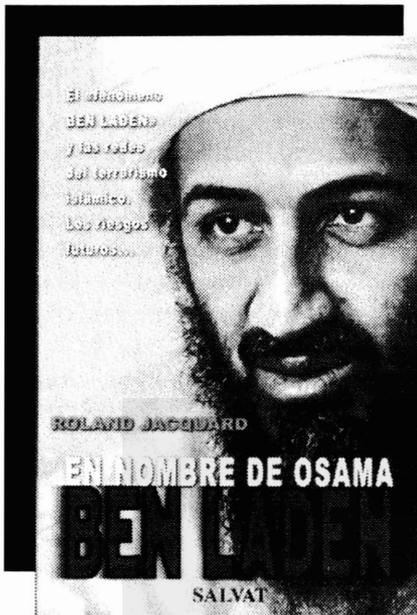
a sus descendientes como los únicos sucesores legítimos de Mahoma”) — que se involucró de lleno en el fortalecimiento de una Internacional Islámica destinada a hacer realidad el sueño del ayatola Jomeini: una revolución ecuménica islámica que lleve a la integración de *sunnitas* y *chiitas* en la lucha contra Occidente.

En 1991 se creó, en el marco de la Conferencia Popular Árabe e Islámica, celebrada en Jartum (Sudán), la Organización Popular Internacional (PIO, por sus siglas en inglés), cuyo objetivo, según Hassan al-Turabi, “es elaborar un plan de acción global para desafiar al Occidente tiránico, porque Alá no puede permanecer en nuestro mundo por más tiempo, a la luz del poder materialista absoluto”⁸. La primera mitad de los años noventa ve nacer la confluencia de las principales corrientes islamitas; ve nacer también un discurso sumamente agresivo contra Estados Unidos, sus aliados y los gobiernos árabes sostenidos por ese país. Se manifiesta sin reparos que para que los creyentes puedan establecer sociedades y gobiernos islámicos en el mundo musulmán — sociedades y gobiernos regulados por el *Corán* y las enseñanzas de Mahoma — tienen que encarar a Estados Unidos y a Occidente en una guerra sin cuartel: las bombas de 1993 en el *World Trade Center* son expresión de esta redefinición de la lucha islámica que se opera en la época. Se trata de lanzar una *jihad* islamista contra el orden judeo-cristiano en un torrente de violencia que sacuda a

Occidente. Osama bin Laden es parte de este desarrollo del movimiento islámico, pero no es, en estos momentos, una de sus figuras más sobresalientes, en tanto que sus principales atributos son como organizador, constructor y financista, y no como líder militar o como guía ideológico o religioso.

En efecto, una vez en Sudán, bin Laden se involucra en primera instancia en la organización de un sistema financiero que sirviera de soporte al movimiento islámico que se gestaba en el país que lo había acogido. Poco después, se le pidió su aporte como contratista y constructor. Se le encomendó la creación de la infraestructura necesaria para hacer de Sudán un centro de entrenamiento militar para los combatientes que se aprestaban a librar la *jihad* contra Occidente. “Para la primavera de 1993, la infraestructura había crecido a tal punto que bin Laden estableció un sistema de control bajo el mando de Abu-al-Hasan, su amigo sudanés más cercano durante casi una década... Para llevar a cabo sus operaciones de campo, Bin Laden reclutó a muchos de los afganos y árabes “afganos” a quienes entrenó y con los que trabajó en Afganistán... Este flujo de hombres preparados aumentó la capacidad de bin Laden para llevar a cabo el programa de desarrollo estratégico de Sudán. A principios de 1994, ya era el responsable de la construcción y administración de por lo menos tres grandes centros de entrenamiento de terroristas en el norte de Sudán, en los que los servicios de inteligencia

de Irán y Sudán proporcionaban entrenamiento. Para 1996, todavía en Sudán, había construido y equipado 23 campos de entrenamiento de mujaidines”⁹.



En 1996, el gobierno del general Omar al-Bashir —presionado por Arabia Saudita— expulsó a Osama bin Laden de Sudán; el nuevo destino de éste y sus hombres será Afganistán, inmerso a la sazón en una sangrienta guerra civil en el marco de la cual emergía una fuerza política, los talibanes, que contaba con el apoyo de Pakistán, concretamente de la ISI. “Estos soldados del Islam, que también se autoproclamaban estudiantes de teología o monjes-soldados, aparecieron en el universo islámico en el verano de 1994 y cuatro años después controlaron militarmente la totalidad del territorio. Eran sunníes seguidores de la corriente de pensa-

miento *deobandi*, cuyo nombre proviene de una facultad de teología islámica establecida en la India”¹⁰. Bin Laden fue bien recibido por los talibanes, instalándose con sus hombres y recursos —reactivando a *Al-Qaeda*— en la región de Afganistán ocupada por aquéllos y recibiendo, pese a no tener una educación religiosa formal, el título de *emir* (=jefe de país, región o distrito). “El ascenso de bin Laden a la condición de emir implicó su reconocimiento como líder único e importante *mujaidín*. En adelante se le llamaría *shiek* bin Laden, título de honor entre los musulmanes”¹¹.

Una vez entre los talibanes, bin Laden puso a disposición de ellos sus recursos financieros, hombres y destrezas. Al mismo tiempo, asume con determinación su liderazgo en el islamismo y en la lucha contra Estados Unidos. En la *fatwa*¹² del 23 de agosto llama a la lucha “*contra los infieles estadounidenses que ocupan los Lugares Santos*”. En su alegato contra Estados Unidos, bin Laden explica así el carácter de la rebelión islámica:

“No se os debe ocultar que el pueblo del Islam ha sido objeto de agresiones, iniquidad e injusticia; impuesta por la alianza de los sionistas y los infieles [cristianos], así como por sus colaboradores hasta el punto que la sangre musulmana se ha vendido a bajo precio, mientras los bienes de los musulmanes se convertían en botín para sus enemigos... Nosotros, yo y mi grupo, hemos sufrido estas injusti-

*cias... Hemos sido perseguidos en Pakistán, Sudán y Afganistán... En la actualidad, desde estas montañas tratamos de acabar con esta injusticia que ha sido impuesta a la comunidad musulmana por la alianza de los infieles y sionistas, sobre todo tras la ocupación de la tierra santa alrededor de Jerusalén, tras la ocupación de la vía que recorrió el Profeta (que Alá lo bendiga y lo salude) y de la tierra de los dos Lugares Santos. Pedimos a Alá que nos dé la victoria, Él es todopoderoso y nuestro Bienhechor*¹³.

Un mes antes de la *fatwa* del 23 de agosto —en julio de ese año—, bin Laden había sido entrevistado por Robert Fisk, del periódico inglés *Independent*, poco después del atentado contra los cuarteles del *US Air Force*, en Arabia Saudita. En esa ocasión reveló que su objetivo particular era el establecimiento de un auténtico Estado adepto a la *Sharia* (=ley tradicional del Islam basada en el *Corán* y textos afines), lo cual implicaba una confrontación con Estados Unidos. “No es una declaración de guerra —habría dicho bin Laden—, sino una descripción real de la situación. En todo caso, no hemos declarado la guerra a Occidente y a su pueblo, sino al gobierno de Estados Unidos, contrario a todos los musulmanes”¹⁴.

En los dos años siguientes, bin Laden radicaliza aun más su postura ante Estados Unidos, lo cual coincide con la radicalización del movimiento islamita internacional alenta-

do por Sudán, Pakistán, Afganistán e Irán. En 1997, se celebra en Qandahar —a pedido de bin Laden— un consejo de guerra con altos dirigentes islámicos en la que se acuerda atacar objetivos estadounidenses dondequiera que se encuentren, de modo que se dañe la capacidad de Estados Unidos para ejecutar sus políticas y estrategias.

Siempre en 1997, la Vanguardia de Conquista y el Grupo Jihad emiten un comunicado en el que se anuncia el inicio de una *jihad* islámica “contra el dominio mundial de Estados Unidos, la influencia internacional de los judíos y la ocupación estadounidense de territorios musulmanes”¹⁵. En noviembre, fuerzas de la Vanguardia de Conquista y del Grupo Jihad consuman una masacre en Luxor, Egipto, que cuesta la vida a casi setenta turistas de Europa occidental, mientras que en diciembre una serie de bombazos explotan en la India, en conmemoración del aniversario de la mezquita de Babri, por extremistas hindúes, ocurrida en 1992. En febrero 1998, bin Laden en una reunión de islamistas en Afganistán llama a los musulmanes a atacar los intereses estadounidenses en todo el mundo. En agosto de ese año dos embajadas — la de Tanzania y Kenya— sufren fuertes atentados con explosivos a raíz de las cuales —tras unas detalladas investigaciones— el FBI emite órdenes de arresto contra varios militantes islamistas, entre quienes se encuentra Osama bin Laden.

Las cartas están echadas: en 1998, Osama bin Laden declara la guerra a

Estados Unidos en su conjunto —pueblo y gobierno. “Si los estadounidenses matan niños en Palestina y si los estadounidenses apoyan a este presidente descarriado —dijo bin Laden a un periodista que escribe para *Newsweek*—, significa que el pueblo estadounidense está en guerra con nosotros y tenemos derecho a tomarlos como blanco... Los doctores de la fe han proclamado una *fatwa* contra cualquier estadounidense que paga impuestos a su gobierno. Se convierte en blanco porque aporta su asistencia a la máquina de guerra estadounidense contra la nación musulmana”¹⁶. En una reunión más formal, el mismo año, dijo lo siguiente: “las fronteras geográficas no tienen importancia para nosotros. Somos musulmanes y anhelamos ser mártires... La *jihad* ya ha comenzado en la práctica... En el futuro seguiremos infligiendo a Estados Unidos tantos daños como los que ya le hemos provocado en otros lugares”¹⁷. En octubre del 2000, un nuevo atentado espectacular sacude a Estados Unidos: el destructor *USS Cole* de ciento cincuenta metros de eslora fue impactado por un bote cargado de explosivos. El saldo: 17 muertos y 38 heridos.

Desde que Osama bin Laden declaró la *jihad* contra Estados Unidos, los organismos de inteligencia de ese país han trabajado arduamente, aunque con poco éxito, en la búsqueda de pistas que permitan dar con su paradero y el de sus colaboradores. Bin Laden ha explicado así el fracaso de Estados Unidos: “tengo pruebas con-

tra los estadounidenses, mientras que ellos no las tienen contra mí”. Asimismo, su resguardo en Afganistán le ha garantizado su seguridad, pese a la acuciosidad de los agentes estadounidenses por dar con su paradero. El jeque Omar, su responsable talibán, dijo en más de una ocasión que “aunque la mitad de Afganistán tuviera que ser destruida, nunca entregaría a bin Laden. No podemos poner en duda la tradición afgana e islámica. Según estas tradiciones debemos proteger a cualquier persona refugiada en nuestra casa y bin Laden no es una persona cualquiera, ya ha luchado bastante por nosotros”¹⁸.

Hasta aquí con los libros de Bodanski y Jacquard. Ninguno de los dos alcanza a cubrir los avatares de Osama bin Laden tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, aunque sí es claro que, a la luz de lo expuesto por ambos autores, dichos atentados se inscriben en una lógica perfectamente comprensible, porque fueron la culminación de una serie de ataques que, de no haber sido fraguados por bin Laden y los suyos, lo hubieran sido por otros islamitas que han declarado una *jihad* a Estados Unidos. Lo que vino después —la respuesta violenta de Estados Unidos— fue la confirmación de la tesis islamita de que este país es una amenaza para la cultura y los pueblos musulmanes.

Con la derrota de los talibanes no terminan los problemas con Estados Unidos con los islamistas. Ni tampoco con la captura de Osama bin Laden —resguardado en estos mo-

mentos por las redes islamitas quién sabe dónde—, pues él es uno más de los islamitas regados por el mundo árabe musulmán —e incluso e Europa y Estados Unidos— que han asumido la lucha contra el “infiel” como un combate a muerte.

Asimismo, es a la luz de lo narrado por Bodanski y Jacquard que es posible dar una respuesta distinta a la que usualmente se ha dado respecto de Osama bin Laden y el fundamentalismo islámico. A continuación, a modo de conclusión, resumiremos lo que se puede decir de todo ello a partir de los dos libros examinados.

En primer lugar, que bin Laden no fue creado por la CIA o el FBI ni se tiene evidencia de que haya sido un agente de estos organismos del gobierno estadounidense. En segundo lugar, que Estados Unidos no fue tomado por sorpresa por los atentados del 11 de septiembre. La inteligencia de este país ya estaba alertada de posibles ataques, aunque sin saber exactamente el lugar y el modo concreto de ejecución. En tercer lugar, que Estados Unidos estaba al tanto de lo que sucedía en Afganistán, de los abusos que se cometían contra la población y del apertrechamiento militar de bin Laden y los suyos. En cuarto lugar, que Afganistán estaba en una situación calamitosa antes de la llegada de los talibanes al poder, es decir, desde la época del influjo soviético. De hecho, los (ex) soviéticos fueron tan responsables como los estadounidenses de la debacle afgana. En quinto lugar, que

Afganistán —los talibanes y Osama bin Laden— no es todo el problema de Estados Unidos (y Occidente), pues el movimiento islámico —que ha declarado la *jihad* a Estados Unidos y Occidente— se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el cuerno de África. En sexto lugar, que bin Laden es una persona compleja, mezcla de fanático religioso, organizador militar y hábil financiero, cuya fortuna se ha canalizado hacia la causa islamita¹⁹. En séptimo lugar, que Estados Unidos ha cometido desatinos mayúsculos en sus relaciones con los países árabes y musulmanes, no sólo por sus ambigüedades a la hora de buscar aliados —sus vínculos con Pakistán son prueba de ello—, sino por el poco tacto mostrado a la hora de responder a las amenazas del islamismo —por ejemplo, lanzando bombas a diestra y siniestra sobre Irak, sin tomar en consideración los daños a la población civil. Finalmente, que en el movimiento islámico no todo es lucha reivindicativa por la justicia y la defensa de una identidad cultural oprimida, sino que —junto con estos elementos— coexisten el fanatismo religioso, el contrabando de armas y drogas, el lavado de dinero y los intereses geopolíticos de las potencias del Golfo Pérsico.

Notas

1. Publicado en el 2001 por Jean Piccolec éditeur, por Salvat Editores y por Hachette Latinoamericana. En la edición de Salvat se dice Osama *ben* Laden sin que se explique por qué razón no se escribe Osama *bin* Laden, más po-

- pular y conocido en el mundo de habla hispana
2. Publicado en inglés en 1999 y en español, por la editorial Aguilar, en el año 2001
 3. Bodanski, *Ibíd.*, pp. 56-56
 4. *Ibíd.*, p. 59
 5. *Ibíd.*, p. 74
 6. Los sunnitas constituyen la mayoría de los musulmanes en el mundo y las comunidades más importantes se encuentran en Arabia Saudita y Egipto
 7. Los chiítas constituyen alrededor del 15% de los musulmanes en el mundo, y se concentran básicamente en Irán (el único Estado propiamente chiíta), Irak, Líbano, Afganistán, Pakistán y la India
 8. Bodanski, *Ibíd.*, p. 80
 9. *Ibíd.*, p. 93
 10. Jacquard, *Ibíd.*, p. 73
 11. Bodanski, *Ibíd.*, p. 259
 12. Decreto emitido por un líder y/o experto religioso o un grupo de líderes religiosos
 13. Jacquard, *Ibíd.*, pp. 82-83
 14. Bodanski, *Ibíd.*, p. 264
 15. *Ibíd.*, p. 287
 16. Jacquard, *Ibíd.*, p. 148
 17. Bodanski, *Ibíd.*, p. 334
 18. Jacquard, *Ibíd.*, p. 269
 19. Bodanski hace notar que los únicos fondos personales de bin Laden son los destinados a sus hijos. Esos recursos oscilan entre 50 y 100 millones de dólares

